

XAVIER
ANDREU MIRALLES



EL
DESCUBRIMIENTO
DE ESPAÑA

MITO
ROMÁNTICO
E IDENTIDAD
NACIONAL

taurus



SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Als meus pares

INTRODUCCIÓN

La mirada de Gustave Doré se pasea por el interior de la mezquita, escudriñando sus recovecos y a los personajes que la habitan. A las alturas de 1867, los lectores de *Le Tour du Monde* donde se publicó por primera vez su grabado, reconocían ya fácilmente sus portentosas columnas. Europa llevaba décadas rindiéndose ante su belleza. Como los suntuosos edificios de la Alhambra, la mezquita de Córdoba era un mudo testimonio de la fascinante grandeza de una civilización que había dado sus mejores frutos en la al-Andalus española. Era ya uno de los símbolos de España, aquella nación oriental que el romanticismo había «descubierto» a las puertas de Europa a principios de siglo y que se había convertido en un espectáculo del que disfrutaba la escrutadora mirada del observador occidental.

España fue aclamada entonces como la tierra de Boabdil y de los abencerrajes, de los palacios nazaríes y de los cantos orientales; aunque también como el hogar del Cid y de otros audaces caballeros cristianos que compitieron en arrojo y galanura con sus pares musulmanes. Unos y otros pugnaban porque fueran los pendones de su fe los que tremolaban en las almenas de los castillos peninsulares, y por el corazón de unas damas ante cuyas prendas rendían siempre sus espadas. Los ensueños alhambrescos fueron, en gran medida, historias de amor y, en muchos casos, de amor interracial. El romanticismo europeo, incluido el peninsular, imaginó la España medieval como una zona de contacto en la que dos civilizaciones consideradas inconmensurables se habían fecundado mutuamente. Los frutos de sus amores proyectaban, sin embargo, una sospechosa sombra

sobre los modernos habitantes de la Península. España fue percibida como un país mestizo, un híbrido nacido de la unión entre la cruz y la media luna. Además, y a pesar del triunfo último de las armas cristianas, el componente oriental era percibido como el predominante, sobre todo en un Sur peninsular cuyos rasgos se consideraban los más característicos de toda la nación. La herencia oriental, sumada a los rasgos propios de un país meridional, hacía de España el reverso de la modernidad. El imaginario europeo de la Península se plagó de figuras tan románticamente pintorescas como primitivas. España se convirtió en una tierra de pasiones desmesuradas y violentas, de costumbres bárbaras como los toros, de hombres que vivían al margen de la ley, de melodías guitarrescas que expresaban una pueril alegría que no parecía incomodarse ante la ruina de la patria. Por encima de todo, España fue, para los autores románticos, una belleza oriental de ojos negros ante cuyas ardientes miradas caían seducidos.

En un primer plano, Doré nos presenta a un hombre de espaldas, arrodillado y cabizbajo. Está ataviado a la española, y parece sobrecogido ante la magnificencia de un pasado oriental que resalta la miseria de su presente. O quizás se postre ante una muchacha de cabellos negros que atraviesa la galería y hacia la que dirige su mirada. Es esa mujer «oriental», pasional e incontrolable, la que habría subyugado finalmente al elemento europeo en la Península. Para el mito romántico el español es a la vez un pueblo vital y abatido; incapaz de controlar sus instintos, de acceder al mundo moderno. Cuando Doré dibujó su vista interior de la mezquita cordobesa, el encanto romántico hacía tiempo ya que había empezado a diluirse. Despojado de su hechizo, el retrato de España fue apareciéndose con tonos cada vez más crudos y descarnados. A medida que perdía su color, se hicieron más visibles los trazos de fondo que siempre lo habían delimitado: los propios de un país situado supuestamente en los márgenes de Europa y de la modernidad.

La fuerza de esta imagen en la Europa decimonónica fue formidable. De su robustez da buena cuenta el que dos siglos después muchos ciudadanos europeos sigan reconociendo en ella las principales facciones de España. En la última década de la pasada centuria, España parecía haber entrado definitivamente en el escogido club de las naciones avanzadas. Sin embargo, la crisis financiera y la explosión de la burbuja inmobiliaria, la escalada del paro y la ristra de casos de corrupción que empezaron a asolarla, volvieron a sembrar dudas sobre su modernidad. En lo más duro de la crisis, y con unas sociedades ahogadas por la deuda y por la austeridad, el Norte europeo actualizó una serie de imágenes y estereotipos sobre el Sur mediterráneo que achacaban sus males, nuevamente, a sus caracteres nacionales. En la Europa meridional —se llegó a decir en las portadas de grandes rotativos franceses, ingleses o alemanes— la indolencia, el egoísmo y el escaqueo se habían impuesto siempre al trabajo, el bien común y el compromiso. Ni la pérdida progresiva de tejido industrial y productivo, ni la desregulación del sistema financiero, ni las consecuencias de una política monetaria común, parecían tener nada que ver con lo que estaba ocurriendo en el Sur de Europa. El problema estaba, una vez más, en que los europeos meridionales (que mantenían un sospechoso parecido con los habitantes de los países orientales) trabajaban poco y mal, tendían a preocuparse solo de ellos mismos, y dedicaban más tiempo a batir palmas que a resolver los problemas que les acuciaban. Que tales afirmaciones se hicieran cuando miles de personas estaban siendo desahuciadas, perdiendo sus trabajos, sumergiéndose en la pobreza o viéndose obligadas a buscar fortuna en otros países, no provocó mayor sonrojo en muchos analistas serios que hacían uso de unos argumentos que probaban así su vigor y sus consecuencias.

A mediados del siglo XIX los escritores y artistas españoles que justo emprendían, como sus homólogos europeos, la ardua tarea de construir una nación moderna, se encon-

traron de frente con una potente imagen de su país que le negaba precisamente su modernidad. ¿Cómo respondieron a un mito romántico que se holgaba en recrear el pasado oriental de España y sembraba dudas sobre su plena adscripción al mundo occidental? ¿Afectó este fenómeno a las formas que tuvieron de relacionarse con Europa y la «modernidad»? ¿De qué modo reaccionaron ante una caracterización del pueblo español que cuestionaba su moralidad y le negaba las aptitudes necesarias para formar parte del mundo moderno? En relación con esta última pregunta se plantea otra que los especialistas no han sabido cómo responder hasta ahora: ¿cómo es posible que toreros, bandoleros, gitanas o castañuelas, conceptuados por el romanticismo europeo como los más representativos de España, y como indicios de una nación tan auténtica como primitiva, acabaran incorporándose, desde mediados del siglo XIX, al imaginario nacional de los españoles? Un lugar este que, además, ya no abandonaron. A pesar de que el franquismo, al intentar apropiárselos, acabó desprestigiando y asociando estos tipos a una patria caduca y postiza que para muchos era necesario enterrar, no han dejado de reinventarse como símbolos de España y de los españoles. Curro Jiménez, los toros de Osborne, las «chicas» Almodóvar, el cante flamenco, la *furia* española, etc., son variaciones de una imagen de España que se fijó definitivamente en la era romántica. Este trabajo intenta arrojar luz sobre estos interrogantes, que se pueden resumir en otro más amplio: ¿cómo influyó el mito romántico de España en el proceso de construcción de su identidad nacional?

Antes de entrar en materia considero indispensable, no obstante, poner todas las cartas sobre la mesa: explicitar qué perspectivas teóricas y metodológicas he utilizado para intentar resolver estos enigmas. En primer lugar, debo aclarar que este es un libro de historia cultural, y que los materiales que he acumulado para edificarlo son, en su mayor parte, de carácter literario. Desafortunadamente, las fuentes literarias siguen siendo poco holladas por los historia-

dores, recelosos quizás de una literatura frente a la que, al fin y al cabo, delimitaron su disciplina. Si en ocasiones se acercan a ella, lo hacen además, a menudo, a la caza de los pálidos reflejos de la realidad que alguna vez pudo haber captado; como si de un simple depósito de información se tratara. El presente trabajo adopta otra perspectiva. Parte de la convicción, que expresaron Isabel Burdiel y Justo Serna hace ya veinte años, de que los historiadores no pueden renunciar a explorar los imaginarios sociales del pasado, y de que la ficción es un lugar especialmente apropiado para adentrarse en ellos[1].

En las últimas décadas, los historiadores se han visto obligados a replantear su forma de acercarse al pasado. El llamado giro lingüístico socavó algunas de sus más inamovibles certezas. Hubo quien respondió al reto tomando una salida fácil: negar sin más los cargos levantados contra la historia y aferrarse a unas categorías conceptuales que a la luz de los nuevos planteamientos teóricos habían perdido su transparencia. Este trabajo nace de la admiración hacia quienes, por el contrario, decidieron responder al desafío incorporando creativa y provechosamente lo que reportó a la disciplina histórica el giro lingüístico: un refinamiento de sus categorías de análisis que ha permitido explorar de forma más compleja esos lugares extraños que son siempre las sociedades pretéritas[2].

Entre las lecciones del giro que más repercusión tuvieron entre los historiadores se halla la que problematizaba la explicación de por qué actúan de un modo u otro los sujetos históricos. Para esclarecerla no podemos recurrir ya, solo o principalmente, a las condiciones materiales de su existencia. Desde la década de los ochenta, y sobre todo desde una historiografía anglosajona inspirada en los trabajos de Edward P. Thompson y aturdida al comprobar que miles de obreros decantaban su voto hacia la Dama de Hierro, la relación entre situación social y acción política dejó de percibirse como evidente. Conceptos explicativos que habían sido clave, como «lo social», la «clase» o la «experiencia», perdieron su inocencia. Los historiadores fueron aceptando

progresivamente que para descifrar la actuación de los sujetos históricos era necesario atender a los mecanismos culturales a través de los cuales aprehendían el mundo en el que vivían[3]. El concepto de identidad, que permitía entender dichas acciones a partir del análisis de los lenguajes que les daban sentido, inició entonces su reinado entre los historiadores[4].

Desde estos presupuestos, la ficción comenzó a ser apreciada como algo más que un simple recurso con el que iluminar unos procesos históricos que tenían lugar al margen de ella. Las historiadoras del género señalaron su relevancia, por ejemplo, en la conformación de los discursos que vertebraron las identidades de género y, con ello, las relaciones de poder entre hombres y mujeres a lo largo del tiempo[5]. La nueva historia cultural de la política, que amplió el propio sentido de «lo político» y señaló la importancia para su constitución de los imaginarios sociales existentes en cada momento histórico, contribuyó también a avanzar en este sentido[6]. La literatura se reveló como un espacio privilegiado para estudiar los discursos, entendidos como formas de concebir y de representar la realidad con efectos de poder y de creación de significados. Más que como un reflejo del mundo en el que habitaba, empezó a ser percibida como partícipe activa en su conformación y transformación[7]. Las consecuencias políticas de la actividad literaria y de quienes la practicaban se hicieron así evidentes.

Ningún autor es dueño de sus palabras. Es el lector quien construye en cada momento los significados y quien da sentido, en última instancia, a los textos. No obstante, sí es posible rastrear la intencionalidad de quien los escribe, algo que nos remite a su relación con las estructuras sociales y políticas que lo rodean y a su capacidad para transformarlas[8]. Tal y como señala Dominick LaCapra, prestar atención a cómo fueron escritos, leídos y usados los textos literarios puede darnos pistas sobre sus contextos de escritura, de recepción y de lectura crítica[9]. Este trabajo se ocupa principalmente de leer dichos textos literarios a la

luz de la historia política, de la que no fueron un simple *reflejo*, sino parte constitutiva. Por supuesto, esta lectura no agota muchas otras. Por ejemplo, aquellas que se centran en sus dimensiones estéticas, de las que se han ocupado en las últimas décadas numerosos especialistas en el romanticismo español y de las que este libro es también enormemente deudor; o las que tienen en cuenta la dimensión económica de unas obras pensadas para entretener o para ganarse la vida. No obstante, las literaturas española y europea de mediados del siglo XIX son abordadas en este libro en tanto que espacio de creación, negociación y conflicto de significados sociales y políticos; y en la medida en que sirvieron para articular discursos que crearon y perpetuaron identidades hegemónicas y subalternas en el marco de unas determinadas relaciones de poder[10].

Las fuentes literarias resultan especialmente valiosas para el estudio de las naciones. Este trabajo parte de una concepción de estas últimas sobre la que existe ya un amplio consenso: aquella que las entiende como una forma particular de relación social y política. Las naciones no son entes inmutables, sino productos del ser humano. No son eternas ni esenciales, sino históricas y construidas. Lo que las sustenta es la creencia subjetiva que tienen sus miembros de su existencia. En este sentido, la nación es, sobre todo, un artefacto cultural, asociado a un territorio concreto y depositario último de la soberanía política. Por utilizar la afortunada expresión de Benedict Anderson, la nación es una «comunidad imaginada inherentemente limitada y soberana»[11]. Frente a lo que señalan interpretaciones un tanto caricaturescas de la historia cultural de las naciones, decir que las naciones son entes «imaginados» no implica afirmar que no sean «reales», y que no tengan consecuencias tangibles para quienes las integran. De hecho, ha sido principalmente bajo el prisma de la nación como se ha leído, transformado y organizado el mundo en la época contemporánea.

Lo que sostiene a las naciones, lo que evita que se vengán abajo, es el nacionalismo, que entiendo, siguiendo a Craig Calhoun, como una determinada forma de pensar y de hablar sobre el mundo, de estructurar y dar sentido a la realidad que crea las naciones mediante la afirmación de su existencia, y que apela a ellas para generar una identidad colectiva y movilizarla[12]. En este sentido, no es solo nacionalista quien integra un movimiento social o político que reclama la autonomía o la independencia de su patria, o quien iza orgulloso la bandera y entona emocionado el himno nacional. También lo es quien contribuye a mantener y reforzar, a veces inconscientemente, una forma de entender el mundo según la cual este está formado por naciones singulares y soberanas. El nacionalismo es un discurso que no refiere solo a las ideas, sino también a las instituciones y a las estructuras, a las prácticas diarias y a las costumbres constitutivas del mundo social; que impregna nuestra forma de entender el mundo, vehicula cómo lo experimentamos, y hace que en nuestras sociedades siga resultando difícil renunciar a unas naciones en las que hemos sido socializados.

Al plantear el carácter subjetivo de las naciones, Anderson abrió las puertas a una historia cultural de las mismas que sostiene que los individuos construyen sus identidades nacionales insertándolas en —y relacionándolas con— un determinado relato nacional. Sus miembros deben reconocerse como partícipes de una comunidad con la que comparten una serie de rasgos y, sobre todo, una historia colectiva. Algunos autores han subrayado, a partir de aquí, la íntima relación existente entre nación y narración, así como la particular relevancia de la literatura y, en general, de otros géneros narrativos como la historia, en la forja de las naciones[13]. Los trabajos de Franco Moretti sobre los vínculos entre la aparición de la nación moderna y el surgimiento de la novela; los de Lauren Berlant y Doris Sommer sobre la importancia de esta para cimentar las nuevas naciones americanas; la relectura que hizo Alberto Banti de la literatura liberal-patriótica del *Risorgimento* o los diversos trabajos de Stefan Berger sobre la historiografía nacionalista, han

confirmado el alcance de todos estos géneros narrativos en la fragua de las naciones modernas[14].

El estudio del proceso de construcción de la nación española ha dado pasos de gigante en las últimas décadas. Las perspectivas teóricas que señalan el carácter moderno y construido de los fenómenos nacionales fueron incorporándose progresivamente a lo largo de la década de 1990. A principios del nuevo milenio, la publicación de *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, de José Álvarez Junco, consolidó una interpretación «modernista» que sigue siendo hegemónica, y que ha tenido la virtud de propulsar un debate que ha puesto contra las cuerdas a los defensores del tarro de las esencias patrias[15]. La pregunta de fondo que guiaba este estudio era si la identidad nacional española había conseguido extenderse socialmente a través de la acción del Estado liberal durante el siglo XIX. ¿Había tenido éxito el proyecto nacido en el Cádiz revolucionario, como había ocurrido en otros países? La respuesta de Álvarez Junco se decantaba por el no, lo que en su opinión explicaba la aparición en España, tras la crisis del 98, de nacionalismos alternativos, así como la pervivencia en toda la Península de unas identidades premodernas que habrían sumergido al país en 1936 en un reguero de sangre. Trabajos posteriores han discutido y matizado esta interpretación que, no obstante, ha sido la que ha vertebrado el debate historiográfico en las últimas décadas[16].

A partir de estas preguntas, los esfuerzos de los especialistas se han centrado sobre todo en comprobar hasta qué punto se avanzó o no en España en el proceso de nacionalización. Los trabajos que se han publicado recientemente a propósito de esta cuestión son muy numerosos, aunque para el siglo XIX siguen planteándose muchos interrogantes. Con todo, el trabajo de Álvarez Junco apuntaba también en otra dirección: la de analizar cómo fue imaginada y narrada la nación en el siglo XIX por sus intelectuales; en particular por sus historiadores, una cuestión a la que dedicó una atención especial y en la que han ahondado asimismo

otros especialistas. Sin embargo, la literatura romántica no ha merecido todavía la atención que merece, teniendo en cuenta que resulta quizás un termómetro más fiable para analizar la difusión de los discursos nacionales. Algunos de sus géneros permiten salvar mucho mejor el obstáculo del analfabetismo y de la censura. También fue fundamental en otro sentido, que es del que se ocupa este libro: la literatura funcionó como un altavoz del historicismo romántico y como una plataforma en la que se debatía sobre qué nación se quería construir y, con ello, sobre qué modelos sociales y políticos debían establecerse.

Este trabajo indaga pues sobre la relación entre nación, política y literatura en las décadas centrales del siglo XIX, cuando la revolución liberal se reabrió para cerrarse ya de forma definitiva, las principales culturas políticas del Ocho-cientos perfilaron sus metarrelatos sobre la nación española, y los fundamentos del nuevo Estado-nación liberal empezaron a asentarse. Fue también entonces cuando se erosionaron definitivamente los viejos modelos de producción cultural asociados con el absolutismo y empezó a articularse un nuevo sistema cultural de mercado que ensanchó de manera considerable la esfera pública y transformó el papel que ejercían en ella los hombres —y mujeres— de letras. Fue en aquel momento cuando se consolidó además la imagen romántica de España, que disputó a sus intelectuales su derecho a ser los exclusivos arquitectos de su patria. Un fenómeno este que no fue, por otro lado, exclusivo de España, y que remite al carácter relacional y dialógico de todas las identidades, también de las nacionales.

Resulta ya un lugar común reconocer que las naciones se imaginan siempre en relación con una serie de «otros» respecto a los que se diferencian y frente a los que se definen. Pensar *una* nación es hacerlo siempre en relación con *otras* naciones. En la segunda edición de *Comunidades imaginadas*, Benedict Anderson añadió un capítulo en el que señala que el lenguaje nacionalista organiza el mundo a través de un mecanismo basado a la vez en la igualdad y en la di-

ferencia. La nación es imaginada en unas coordenadas y con unos límites espaciales que suponen la contigüidad con otras naciones que se encuentran en el mismo mundo y que se supone reproducen los mismos esquemas y modelos de funcionamiento. Instituciones como el censo, el mapa o el museo son pensadas como categorías abstractas de clasificación, como series universales cuya aplicación es posible en cada nación particular. A todas las naciones se les supone *un* gobierno propio, *una* bandera o *una* selección nacional de fútbol, por ejemplo, aunque todas son pensadas como únicas y singulares. Las naciones son, por tanto, fenómenos intrínsecamente comparativos[17]. Cada nación se construye respecto a otras con las que comparte líneas fronterizas, con las que compite o con las que mantiene un tipo de relación especial (histórica, hegemónica, colonial, etc.). Pero también con el resto, que resultan indispensables para imaginar la *normalidad* nacional.

Quizás por ello, y citando las primeras palabras de un conocido ensayo de Anne-Marie Thiesse, no hay «nada más internacional que la formación de las identidades nacionales»[18]. En el proceso de construcción de las naciones modernas la imitación y el préstamo fueron la norma. Además, muy diversas imágenes nacionales circularon por Europa salvando sus fronteras y participando decisivamente en los diversos procesos de construcción nacional. Las naciones protestantes se construyeron en buena medida aventando los peligros de un Sur católico y decadente; el pueblo alemán defendió su europeidad alejándose de una Europa del Este de rasgos orientales y primitivos, pero también de la corrupta Francia; una determinada imagen del francés frívolo y afeminado fue crucial, de hecho, para el surgimiento de los nacionalismos en toda Europa; a su vez, las diversas figuraciones de una Alemania amenazante fueron clave en la conformación de la identidad francesa moderna, etc. En las últimas décadas se ha producido un renovado interés por el estudio de la producción, difusión y recepción de estos estereotipos, clichés o caracteres nacionales. Desde la imagología, una rama de la literatura comparada, se ha de-

fendido que es en la ficción literaria donde los estereotipos nacionales se formulan, perpetúan y difunden en primer lugar y de forma más efectiva. Desde aquí se convierten en lugares comunes que se vuelven familiares en el mundo cultural y en la comunicación diaria a través de la repetición y de la analogía. La imagología no es una teoría de la identidad nacional, sino de los estereotipos (o imágenes) nacionales. Se ocupa de las representaciones en tanto que estrategias textuales y discursivas (no de su «realidad» o «falsedad»), para lo que desarrolla herramientas conceptuales con las que distingue entre las imágenes que se tienen de «otras» comunidades (heteroimágenes) y las que se elaboran sobre la propia (autoimágenes), así como para analizar de qué modo ambas interactúan[19].

Uno de los aspectos que más interesan a la imagología es que los estereotipos nacionales sugieren una relación entre la situación y la especificidad de cada nación y una determinada predisposición moral o psicológica de sus integrantes. Es decir, contribuyen a una explicación caracterológica de la diferencia nacional. En este sentido, diversos autores han recuperado críticamente la categoría de «carácter nacional» para preguntarse por el papel que ejerce en la naturalización de una concepción nacionalista del mundo. Lo que intentan demostrar no es, claro está, que exista nada parecido a un carácter nacional. Es decir, que por el hecho de haber nacido en una nación determinada, un individuo esté predispuesto a ser más frívolo, indolente, trabajador u obcecado, por ejemplo. Esta es una idea completa y justamente desacreditada en la actualidad[20]. Lo que interesa a la imagología es, más bien, la funcionalidad que tuvo (y sigue teniendo) la categoría de carácter nacional para explicar el mundo y situar en él a las diferentes naciones al personificarlas; es decir, de qué modo dicha categoría pudo ser (y es) decisiva para imaginar las naciones. De ahí la relevancia de estudiar lo que Joep Leerssen ha llamado el surgimiento de un «pensamiento nacional», cuyos orígenes sitúa en las primeras tablas clasificatorias de